



**POR ENCIMA
DE MÍ ME
SOBREVUELO**

Inés Ramón

Premio Internacional de Poesía
Escrita por Mujeres “Ana María Iza” 2024

**POR ENCIMA
DE MÍ ME
SOBREVUELO**



Inés Ramón



UNIVERSIDAD
DEL AZUAY

Casa
Editora

POR ENCIMA DE MÍ ME SOBREVUELO

© del texto: Inés Ramón, 2024

© primera edición: Universidad del Azuay.

Casa Editora, 2024

ISBN: 978-9942-670-31-1

e- ISBN: 978-9942-670-32-8

Diseño y diagramación: Andersson X. Sanmartín

Impresión: PrintLab / Universidad del Azuay
en Cuenca del Ecuador 2024

*Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra,
por cualquier medio, sin la autorización expresa del
titular de los derechos*

CONSEJO EDITORIAL / UNIVERSIDAD DEL AZUAY

Francisco Salgado Arteaga
Rector

Genoveva Malo Toral
Vicerrectora Académica

Raffaella Ansaloni
Vicerrectora de Investigaciones

Toa Tripaldi
Directora de la Casa Editora

Poesía en paralelo"



A Alejandro Céspedes,
cercanía alada,
viento amigo.

Yo soy el infinito proyecto de mí misma,
por encima de mí me sobrevuelo.
CHANTAL MAILLARD

1

Sobrevuelo la tarde.

Llueve. Se oye el frío a la altura del tejado,
donde nace el aire y se diluye.

Y veo, no sé, una mujer quieta, allí, en la cama.

Tiene fiebre, creo. Un poco.

Ella duerme asida a la férrea densidad del tiempo:
«a las 8 hay que tomar los antibióticos».

Me sobrevuelo y miro:
en mi mirada está escribiéndose el poema.

Hay un hilo de savia entrelazada a la levedad
inasible de ese sueño.

La mujer está sola,
ajena al fragor de vida, a la belleza que perfora la
tarde.

Tiene miedo.



2

Ella sueña con sobrevolar, en círculos, la lluvia,
y sorber el impulso indescifrable de zurcir las
nubes,
otra vez.

Querría examinar la urdimbre de otra lluvia,
la inminencia que palpita en el instante,
lo inacabado, fugaz en el origen,
el torrente innumerable del silencio.

Navegar a tientas la ceguera, disparar palabras
diminutas
hacia todas las murallas cargadas de recuerdos.

Surcar también el espesor de una fragancia
para tenderse –irrevocable– contra el aire.

Y remontar sin pausas la fragilidad del vuelo
hasta omitir las cifras inconclusas
de su nombre,

hasta ser el desgajamiento incesante de la lluvia,
hilachas de lo uno,
escisión sin fin
en la caída.



3

Sobrevolar, después, el deslizamiento -abajo-
de la roca,
el engañoso vaivén de las heridas
dentro de la arena donde se sumerge el río.

Dividir esa espuma florecida,
la oblicua claridad que rasga un faro en la
tormenta.
Recorrer
las huellas en el aire de unas alas celebrando el
vuelo,
la gozosa amputación del nombre, de todos los
nombres
donde ardían las respuestas.

Atravesar la mágica espiral que dibuja el
desamparo,
las ruinas circulares del ahora, antiguas, también;
sobrevolar el reflejo inacabado de una vida, quizás,
o de un recuerdo,
donde dos ausencias se entrecruzan.

Extender el viento movido por las hojas,
aullando, alguna vez, el viento mordido por las
hojas,
el líquido temblor que va hurtando
aquel dolor
o el desplazamiento de las hojas barridas sin el
viento.

Sobrevolar, a pesar de todo y contra todo, los ecos
borrosos de las puertas
que se han ido abriendo y cerrando,
sucesivas.

Esculpir el sentido, la voz, las gradaciones,
la pronunciación estéril del poema:
otra forma innecesaria del amor.



4

Sobrevolar. Y ver. Ver a la distancia
sin saber si es un reflejo o, acaso, el sitio donde
anduve,
laberinto de horas suspendidas en las horas
mirándome a los ojos de animal cautivo.

Sobrevolar, decía, y acaso lanzar una botella
donde quepa la montaña azul de los mensajes
arrojados al abismo.

Irrumpir en un poema extenso,
innecesario,
que nunca acontece en el lugar preciso,
para ver, al fin,
detrás de esas dos alas extendidas, detrás del canto,
detrás del pájaro en su huida,
los sueños que nos llaman a veces con un nombre
que jamás aceptamos

ni reconocemos.



5

Sobrevolar, alguna vez, aquel naufragio que aún se precipita
y aún gotea,
aunque hoy es el rocío en los telares donde el tiempo
escribe, borra y reescribe
la cartografía insoportable del silencio.

Elevarse, aún, para beber la luz, la enrarecida luz
entre esqueletos
infinitamente mudos,
y ser el rumor del encuentro de cada hueso
con su hueso.

Respiración puesta en pie. Vida otra vez, tibieza.

La mujer dormida sueña en un poema antiguo
donde también podía verse manar de sí, fluir por
cauces invisibles,
sobrevolando
todas las orillas que la encadenaban.
Y eran como ráfagas de otro ser que la habitaba
y emergía más allá de las fronteras permeables de
su cuerpo.

La mujer despierta. Y sabe que ella es amplitud
diciéndose,
expansión
que se revela.



6

La mujer despierta y sabe que aquello ha sido un
vuelo en otro vuelo
suspendido,
una migración que abriría órbitas, no sé, huecos
a ningún sitio,

a un resplandor, tal vez, o a una simetría
o claridad
o a la repetición de otro vacío.

Que sobrevolar sería, quizás, esa oquedad
donde el sol insiste en confundir sonidos,
los reflejos duplicados, las huellas
de una extraña eternidad

desecha
en un pellizco de bruma

o en el apagamiento
que antecede a la caída.

7

Remontar, fuera de sí, la noche.
Desplazar la incertidumbre, el destello inaugural,
la cóncava extensión de los silencios,
el perfume disfrazado de la tierra

hasta evocar un viento que ya no desmantele
la sed del horizonte,
ni guarde en la espesura
los pájaros caídos,

sino que, en su perplejidad,
astille el aire
y en cada movimiento de sus alas
repita
en esa íntima expansión,
su ingrávigo

designio.



8

Y desasida, ya, de la palabra,
navegar también la servidumbre del silencio,
lo encallado entre las rocas,
el umbral de todas las caídas.

Allí, la noche duplicada,
intraducible; aquí,
un espejismo,
el viraje
a la carencia donde todo es amplitud vencida.

Explorar esa línea divisoria,
esa frontera inconstante, movediza,
el riesgo de ser otro vibrando la misma diferencia
intuida
en el callar del signo.

Desmenuzar el punto de retorno,
la vacilación de la llegada,
la antorcha humeante de la huida.

Sobrevolar los golpes del martillo en la penumbra,
el desafío de ser –no importa dónde ni cuándo–
la desdoblada humedad de la ceniza.

9

Así, puedo elevarme sobre un nombre que huele a mar abierto.

Partir del estruendo a grillos entre el musgo,
y surcar, después, un rumor de puertas abiertas al océano,
como voces marchitas y expectantes
arrullando mis partidas.

Puedo alcanzar, quizás, la altitud de los pájaros de niebla,
sus húmedas estelas de aire
y lejanía

y ser la música de un vuelo que anuncia el horizonte,
ese surco conmovido que alarga la distancia entre mis ojos y tu risa.

Circundo, entonces, tu nombre hecho de mar.

Y hay alegría en las olas que se hacen y deshacen,
estallidos de risas agitando lo profundo, el olor
abismal, las expansiones,
el asombro riendo, y la luz multiplicándose,
riendo, reinventándose,
riendo, lleno de sal en la mirada,
arrastrando las huellas más veloces del encuentro,
las burbujas de tu voz erguida

juntando, al fin, las cinco letras que despliegan y
pronuncian
el azul de tu nombre,
Lucía.



10

Por encima de mí
me extendo, por encima de esa cáscara
que fuera mi mirada, hecha jirones ya, y ya
extraviada
a ambos lados de un cruce de derivas.

Por encima del susurro que he compuesto
a lo largo de la noche y las estrellas,
a contraluz del viento,
y sobre las orillas de un idioma helado,
indescifrable y monocorde,
sobrevuelo.

Hacia abajo, la minuciosa bóveda encendida
intentando decir el brillo,
los colores de la tarde, el párpado hendido,
los árboles de ensueño. Y el tiempo, abajo, ya no
escucha,
ya no hila su tapiz al filo del asombro,
ya no mece una palabra,
ni la olvida.

Entonces desenvuelvo una estación glacial que
arremolina
la hebra que fui, el estambre quebrado,
el pulso que sostiene la existencia,
el tránsito
hacia una transformación continua.



11

Porque lo incierto explota
alguna vez en un relámpago

y va tallando piedra a piedra
los ojos redondos de las aves.

Tan amplio es el asombro de no ver
y tan extenso el vuelo
que va hilando eternidades
inconexas.

Y, mientras, los pájaros quemándose en el trueno,
devorando el idioma invisible, furtivo en las
tinieblas,
la respiración sin orillas

de lo abierto.

12

Allí el silencio se repliega.

Me devuelve el impulso de escalar hasta la cima
del nunca
para escribir, una a una, las aguas estallantes,
la zozobra,
el álamo erguido, el pensamiento,
las palabras ajenas que retumban
—con hambre de jauría, con sed de arena—
en medio de mis ojos.

Allí apilo los umbrales del morir, el fulgor que
rechina
palabras como lirios abiertos a la lluvia,
a lo incierto,
al golpe resonante en los cristales
que fustiga el aire humedecido y el aliento.

Cuánto me separa aún
de la oscuridad que vive y sobrevuela
la diminuta luz siempre próxima a extinguirse.

Cuánto despojo al amparo de la noche
en la cúspide de todos los recuerdos
como si se apagara una lágrima en la nube
y su resplandor alzara
un aleteo.



13

Allí se empequeñece progresivamente el aire,
y la clausura me respira
alrededor.

El ávido plumaje
vertical, entrecortado,
encierra las sílabas rizadas de mi vuelo.

Barrotes de lluvia, pendulares, en medio de un
espacio hermético
y, alrededor, los términos del viento, el oleaje
en que se arremolina la palabra jaula
y vibra
el cautiverio.

Dentro, las gravitaciones silenciosas, el vértigo
aferrándose con todas sus cenizas al verbo
conjugado,
a la misma palabra
vertida una y otra vez en la cicatriz del tiempo

para no ser dicha jamás,

para no ser lanzada fuera,
para no cruzar el filo de esa ausencia
llena de ojos, de recuerdos, de orillas, de espirales,

de poemas.



14

Es el espacio cifrado de la noche. La luz se ha vuelto líquida.

Me separo de mí y abro la puerta, ¿dónde encontrar la extensa certidumbre de un sonido de sed o de horizonte, un rumor humeante e infinito?

¿Dónde la voz, la resonancia que produce el rocío adentro de una piedra?

¿Dónde el instante que finge nubarrones o el crepitar de lluvia abierta?

¿Dónde el lento crujir del suelo que se pliega bajo el sol? ¿El misterioso canto en la ceniza?

¿Dónde la quietud que danza en la semilla, en la avidez de nacer,

de hender la tierra?

¿Qué sonido rompiente, qué fragancia en la lumbre de la tarde

o en el racimo bermejo de la huida?

Busco el sonido extenso en la rompiente que cruje debajo de mis párpados como un incendio sumergido.



Persigo el pulso de la luz, en latidos de galaxias y
libélulas,
y el estallido de la aurora dentro de mis venas,

exploro el sitio donde la música astillada de una
nube
atraviese la noche

y mi sordera.



15

Y a veces mis ojos son pájaros caídos en la noche
después de la tormenta.

Rehúsan
levantar nuevamente el vuelo.

Una pregunta rueda entonces, oblicua, en el
descenso:
¿y si de pronto se atrevieran otra vez?

Serían solamente un ruido de gaviotas
cayendo en lo insondable,
y el mar les estallaría en las cuencas llenas de sal
y arena.

Entonces, tal vez, solo anhelaran respirar desde la
hambrienta espuma;
solo respirar,
bajo las olas esculpidas de naufragio,

y, ya en el fondo, entreabierta la mirada,
entrándose a raudales,
serían trozos de ver rodando entre las rocas
hasta ser disuelto torbellino, precipicio, arena.

¿Por qué habría de negarme, después, a mirar mis
ojos aún abiertos,
como si no hubieran
acabado de morir?



16

Veo la distancia inevitable
entre el atardecer y el ojo que lo mira,
entre la playa y el filo de unos pasos,
entre la proeza de la noche
y la fugacidad salada entre las olas.

Veo una mujer que mira.

Circular el eco, las horas desdobladas,
las oxidadas huellas de una mujer inmóvil
que solo mira
la hondura de su estela entrando al mar,

la incendiada calma en la marea,
esa grieta idéntica al silencio,
donde –al fin–

toda respiración claudica.

17

Esa mujer erguida sabe que solo es necesario un parpadeo,
un ir y venir desde el asombro
hasta la orilla
–siempre inconclusa y duplicada–
del deseo.

Piensa que no hay espacio tiempo
ahí donde ella ahora parpadea y mece un
horizonte

que sube y baja y reescribe las fronteras de su vida.

Mientras, descubre, aún de pie, su propio reflejo
mirándose en el agua,
y alguien picotea esa imagen que respira.

Inhala
un espacio transparente donde la luz sumerge sus
fragmentos,
y exhala
agitando los estanques de la fuga,
los acantilados permeables donde se extravía.

¿Con qué destellos de perplejidad querrá después
disolver la certidumbre
que antecede
a la caída?

18

Te verás manar de ti y serás lluvia que enarbola el signo
hasta abrir un cauce de temblor
en la palabra.

Sabrás abrir los ojos al confín de cada instante
y alcanzar con tu mirada hambrienta
el sitio donde el viento comenzaba a no existir.

Serás luz interrumpida.

Serás también la voz que inspira su reflejo,
niebla indescifrable enhebrada
al tiempo.

O serás puerta, quizás, la prolongación que
descifra
sobre un lienzo opaco
los restos calcinados de su nombre.

Serás principio y fin. Libertad interrogante y
escindida.

Palabra inmóvil ante el vértigo que agita
ese bosque de distancias.



19

Esa palabra, entonces, reverbera allá en el horizonte
y luego viene a mí.

Oscila entre mis ojos el transitado ímpetu de ser gota
o lágrima que hiende el mar con la certeza del encuentro.

Se inquieta, ávida, palpita,
cava túneles de exilio inexplicable
y esparce las ondas que surcaban sus heridas.

En ella viajo, ahora, por costas agrietadas.

Asombrada del vuelo,
estremece todas sus ausencias
e hilvana un andamiaje exhausto con todos los fragmentos.

En sus múltiples versiones sabe a luz y cruje
encendida en transparencia.
Es territorio líquido que enturbia el laberinto,
sus huellas dactilares escriben sobre el viento
la sentencia que descifra, otra vez,
el inconcluso horizonte
de una vida.



20

También soy agua
fluyendo por cauces invisibles.

Su onda se entreteje de ceguera

para nombrar la distancia
irrespirable,
y rozar apenas,
en su desnudez líquida,

la sed de los hombres, la costura hilvanada de
infinito,
las cáscaras de eternidad
herida.

Soy el olor más denso de la noche.

Palabra,
ruido de sueños enjaulados.

Por ella entro.



21

Una palabra intransitable en mí naufraga.
Irrumpe su avidez que huele a lluvia.

¿Desde qué voz será posible irradiar, entonces, la
cifra
de tu nombre?

¿Qué verbo
te llama en círculos e insiste
en evocarte sobre las inmensas rocas del deseo?

Opacidad irrepetible.

No hay palabra que arrebate el sonido
abierto
en que titilas.

Ni mi voz, después, dibujará tu nombre azul
sobre la transparencia.

(Se oye un tumulto de amapolas. Sólo su fragancia
logrará conjugar la palabra adentro en la palabra
afuera
y abrirá un espacio en mí de inexistencia).

Y desde allí,
la huida.



22

Otras veces soy alguien que atraviesa
la fragilidad porosa, la cóncava extensión en sus
fronteras,
la súbita duración hecha ceniza,
para beber, en círculos,
la avidez de sus cadenas.

¿Desde qué ausencia
aprendió a embellecer esas rémoras feroces?
¿Desde qué temblor deshizo la voz interrumpida
del deseo?

En la inmovilidad de un lenguaje mil veces
invisible
se derrama el viento gris de la ceguera.

Y alguien –ese alguien– persiste, con fuerzas
implacables,
en lamer las cadenas hasta arquear la extensión de
sus pupilas
y enhebrar
una oquedad en otra,
y después en otra
oquedad en otra
hermética oquedad.

Y entre esa urdimbre, la luz oblicua
de un exilio

del que ya es imposible regresar.



23

Hay música en las bóvedas del agua.

Hay lumbre entre la niebla, fulgores de un tiempo desmedido,
incertidumbre, y diminutas mariposas rozando el cielo
de tus manos.

Hay astros también, sedientos, discontinuos,
inexactos
sobre un crepúsculo idéntico a sí mismo
que entreabre, fuera de sí, los labios.

El mar fundido en rosas es el lugar del eco,
pétalos del atardecer,
empapados,
baldíos
como luciérnagas minerales proyectando su
reflejo.

Porque has sido canto en el dolor del vuelo,
travesía
hacia donde huyen todos los anhelos
siempre en fuga,
en expansión, en gélida sal de lejanía.
Has sido continuamente afuera,
senda interminable,
crujir perpetuo de hojas secas.

Pero hoy sobrevives al naufragio
asida a un canto que aún gravita
en las órbitas del agua.



24

Has sido espacio abierto; después,
la caricia enhebrada a tu deseo.

Fuiste también el nido que han hecho los pájaros
en el aire.
Y fuiste huella impresa en la noche,
surco en la piedra del tiempo.

Sabes que no detendrá el horizonte sus ladridos
ni la sed que hoy se precipita
hacia los confines
de tu cuerpo.

¿Hasta dónde llegará ese agujón –te preguntas–
en que la oscuridad respira?

¿Habrá otra orilla
por nacer?



25

En esa orilla una araña teje su misterio:
sucesiva luz dilatándose
hacia túneles concéntricos.

Prófugo espacio donde lo invisible esparce su
mirada.

El entonces, el después, la lejanía, acuden a su hilo
incandescente
donde la maraña del instante se deshace.
Por allí irrumpe la eternidad y agita
un súbito rumor, una escalera,
una rosa incinerada, un ave en vuelo circular
que lo extravía.

Un naufragio, allí, entre esos hilos de cristal
tejidos por la araña,
me convoca.



E inicio un viaje incierto, sin párpados ya, sin
ignorar la luz y el estallido
en las sílabas abruptas
de otros universos. Acaso ya no son o han sido
temblor y nacimiento, sollozo en la tersura del
milagro.

Una remota huella de luz se anticipa, me antecede
y desdibuja
mis cadenas.

Existir en el espacio interrogante del silencio.



26

Hay días también para ocultarse en el fondo más distante
de todos los temblores.
Abajo, bien adentro, en la esquina remota del vacío.

Acorralada, inmóvil, con la fuerza del olvido, con el furor apenas,
ni siquiera, el extravío de negarse, de guarecerse en el miedo exacto,
en la densidad que aprieta el tiempo aplastando sobre uno la mitad de uno,
la cáscara que se encoge hacia su origen.

Días en los que la sombra del perro acurruca la nostalgia.
El alacrán cavando en el no su madriguera.

Días habrá, y los hubo, en que la música expirará en la punta de los dedos.
Entonces la lluvia aprenderá a retroceder hacia su centro
mientras la piel se desabrocha del resto de la tarde.

Días confundidos.

No sabe de la sed –decía–
la última gota.

27

Llevo dentro una canción ausente dispuesta
siempre
a pronunciar las sílabas precisas,
a transitar el aire,
a irrumpir alguna vez desde una luciérnaga inicial
que brilla
en la densidad de la noche
con su extraña melodía.

¿Desde dónde vibrará esa voz
que sabe a la memoria de un relámpago?

Llevo dentro un verbo que derriba sin estruendo
las celdas en penumbra,
el hilo de la nada.
Sus dedos invisibles acarician las cicatrices del
viento.
No hay nada en él que ignore sobre el incesante
manantial del frío.
Nada que no alcance la distancia infinita entre su
máscara
y un nombre cifrado en el misterio.

Es el vaivén reverdecido,
ese lugar de luz batido por el tiempo,

canto disuelto en el asombro,
eco que resuena solamente
cuando soy silencio.

28

Hay pájaros y nubes fluyendo
por el cauce del río.
El aire reverbera mientras cae,
la luz va excavando en ondas sucesivas
y enjambres de espejos yuxtapuestos florecen en el
desplazamiento.

Tu mirada está esculpida en cada gota
donde el sol enciende sus hogueras.
Versiones infinitas de tus ojos se siguen
expandiendo
en una siempre nueva impredecible trayectoria.
No hay límites, dice también el ojo de la araña,
su trampa hexagonal entre la hierba.
En sus hilos implacables la danza del rocío
se debate.

También la incertidumbre transita el mismo cauce,
la existencia polifónica entre las piedras,
fluyendo sobre pájaros y nubes, en su
prolongación sedienta,
evoca e interroga al oscuro andamiaje del silencio.

Luego, la lluvia comienza a caer y hace añicos los
enjambres heridos,
los espejos que sólo aspiran a encontrarse, para
dibujar, tal vez,
solo una huella.

Hay pájaros y nubes como señales furtivas.
La henchida luz siendo palabra,
fragmentos de una voz disueltos en todo lo que
fluye,
y el amor, tal vez,
diciéndose a sí mismo.

29

No sabrá del vértigo mi vuelo. No detendrá su
travesía
de piedra indescifrable.

Aún ardía el viento donde hubo rejas, tantas veces,
que miraban por sus ojos.

Aún rompía sus destellos
allí donde hubo pedazos de una grieta encadenada
al rostro inmutable de las puertas.

¿Cómo surcar, entonces, ese impulso abismal
en el firmamento,
cuando los gestos líquidos
presagiaban un paisaje de palabras entreabiertas?

¿Cómo atravesar, después,
las murallas del miedo,
el vertiginoso borde del abismo,
la espuma feroz de aquel océano?



30

Alturas, aquí estoy, entre la mezcla brumosa del otoño,
abiertas de pronto las compuertas del mirarte,
el lento esplendor de las moléculas de ese yo extraño,
disuelto entre la niebla,
ondulando las distintas formas de este viaje.

La vida incalculable se despoja
de su hábito raído
y se vierte en una realidad de múltiples miradas.

En otra dimensión es que acontece
mi soledad dispersa en los fragmentos,
la planicie enmarañada donde se estrellan
los deslumbramientos.

He descifrado una inflexión tardía en la voz del aire,
en el límite
que instaura un tiempo dentro de otro tiempo,
vacándose en sí mismo, llenándose de sí, otra vez,
y hallándose –al fin– en el desprendimiento.

El equilibrio entre dos rocas
infligirá otro vértigo, tan fuera de mí,
aliado a un espacio inesperadamente otro,

que disuelve en el vacío
los espejos.



31

Mi cuerpo oye la caída de la tarde.

Algo muy parecido al universo apenas parpadea
y, de pronto,
mira desde mis ojos o, tal vez, desde la hoguera, o
el enigma,
la espuma del tiempo,
o la amapola radiante en el incendio.

Lo lejano se asombra cuando irrumpe
el inconexo vaivén de los latidos
de un ave que me habita y no regresa.

Unánimes, después, en dos estados diferentes del
morir,
en la eternidad que fluye y se aposenta, alguna vez,
o en la interrogación insólita
de un instante.

Todo estaba en ti, me habían dicho.

Esa línea quebrada no sabía del paisaje vencido
en los pájaros que amé,

acaso, también, en su imperfecta voladura.



32

Mi vuelo y la sombra que proyecta sobre el campo
no se buscan jamás
y, sin embargo, en ocasiones
se rozan, solo fugaz, desconsoladamente.

Se disfrazan de holgura,
aunque siempre se extienden más allá de mis
retinas.

Al ascender, escriben un nombre en la borrasca,
y la sobrevuelan,
empapando su bóveda de amor y lejanía.

Su mirada conoce también el horizonte
que ya no necesita de mi voz para elevarse,
para volver
o huir
o derramarse
como el tiempo o la lluvia o el poema.



Ahora mismo, sentada en un peñasco,
contemplo esa proyección idéntica a mí misma
regocijándose,
furtiva, desgajando la espesura mezquina de los
hombres,

y ya nadie cuestiona la distancia
—exigua o abismal, qué importa—
entre mis brazos incompletos

y la sombra veloz de mi escritura.

33

Ha caído una semilla entre la redondez del aire
y las áridas grietas de aquel muro.

Es invisible la muerte que la acecha,
el silencio la estrangula.
Nadie observa el germen discontinuo que ella
oculta
y calla,
pero un impulso primordial la impele
y se niega a ser vencida.

Es necesario salir de sí –dice–;
mirar lo abierto desde dentro para abrirlo.

Dentro de la celda, un rumor desconocido
comienza a pronunciar el fin del cautiverio,
y el ruido al ir abriendo la simiente
conjugua el tiempo.

No sabe que la lluvia hará su parte.

Sus orillas ceden, comienza a transformarse
y la danza circular
es sigilosa, frágil aún, exacta, sedienta
e infinita.



34

Como una piedra caída en el estanque
cuyas ondas concéntricas
se extienden, acarician y estremecen la abierta
superficie,
sin camino;
como el junco, el aire detenido en un guijarro,
la orilla sin recuerdos, el nenúfar,
la ingrávida araña y el reflejo
de su tela,

así querría yo caer en mí,
expandir hasta mi otra orilla un enredo de algas,
un resplandor más allá del remolino
que arrastrara los pétalos aún fértiles
–su murmullo y su fragancia– hasta el intenso
rumor de la corriente
que discurre entre raíces veloces
y la bruma,

pero el sol en el aire de mis manos se debate,
el oleaje del deseo, el líquido resplandor definitivo,
la celebración,
y la velocidad sin pliegues cuajará otra vez y como
siempre

en la hermética servidumbre de mis miedos.



35

Sobre mí, la atmósfera brillante,
bajo mis pies, la lluvia.

Me detengo sobre el mar encrespado de las nubes
y hay un ritmo de espiral en paralelo.

Repite en un espacio inabarcable
la estructura circular, la uniforme trayectoria
que diseñó la concha al caracol,
la furia al huracán,
la simetría levísima a la tela
de la araña.

La expansión y rotación de las mareas
que mece la orografía
infinita de mis ojos y el halo esférico
que rodea con sigilo a las estrellas,

mantienen desde siempre
una velocidad constante, pero el vínculo entre
ambas, sin embargo,
ha olvidado,
(como los surcos empañados de mis deserciones),
la atracción gravitatoria

del amor.



36

Entro en el paisaje de una claudicación sin horizontes.
Naufrago en medio del estruendo de la vida.

Soy líquida existencia,
región inacabada en medio de un trayecto de formas huidizas.

A plena luz del hundimiento,
aquello que nunca se detiene
se despliega de forma simultánea
en el bosque de luz que me limita.

Soy la perplejidad que oscila,
el destello, tal vez, que nunca acierta a revelarse,
la espiral indescifrable,
el inasible impulso
enhebrado a la otra orilla.

Soy extensa como el río y breve
como el susurro exacto
que antecede a la palabra que se olvida.



37

He dejado tantas veces que las máscaras vacías

hablaran por mí,
besaran a mis hijos.

He permitido que los jirones grises de mi piel
mudada
se movieran aún con los gestos aprendidos
del abrazo
o la risa.

Así como unas huellas moviéndose en la arena
avanzando a la deriva de espumas
y mareas,
he creído percibir los olores del mundo,
el signo indescifrable de un cuerpo oscuro y
milenario
dando tumbos por la tierra.

Nada, sin embargo, ni la lluvia recorrida –como yo–
por el fango,
la salazón del mar, el remolino o la nube,
pudo aplacar mi sed de vuelo tembloroso.

Por eso, todo sucede cuando bebo el sorbo invisible
de la luz que entra y sale de mí
y enhebra mi hojarasca
al vuelo que soy
y no sabía.



38

El tiempo apremia.

Avanza a mis espaldas de puntillas.

Entonces,

*sigo siendo el infinito proyecto de mí misma
por encima de mí*

me sobrevuelo.





ANA MARÍA IZA **(Quito, 1941-2016)**

Es una de las poetas más reconocidas e importantes del Ecuador. Licenciada en Ciencias de la Comunicación, ejerció su labor de periodista sobre todo en la radio. Consta en las más importantes antologías de Ecuador y América Latina.

Obtuvo importantes premios nacionales con su obra poética como el Premio Nacional de Poesía *Ismael Pérez Pazmiño* convocado de Diario “El Universo” de Guayaquil en los años 1967, 1974, 1984 y 1995; Premio único de la séptima edición de *El poeta y su voz* (Manabí, 2003); Primera bienal de poesía Juegos florales (Ambato, 1995).

Su obra poética está contenida en los siguientes volúmenes: *Pedazo de nada* (1961, 2da. Edición, Caracas, 1963), *Los cajones del insomnio* (1967), *Puertas inútiles* (1968), *Heredarás el viento* (1974), *Fiel al humo* (1986), *Reflejo del sol sobre las piedras* (1987), *Papeles asustados* (1994), *Herrumbre persistente* (1995), *Papeles asustados* (2005), *Poesía Junta* (Antología, 2009), *Mi corazón contra las piedras* (Antología, 2015) y *Rosa Desbocada* (2016). En el año 2015 fue homenajeada por el Encuentro Internacional de Poetas Paralelo Cero y condecorada en el 2016 por la Asamblea Nacional del Ecuador.



Casa
Editora

Poesía en paralelo



ISBN: 978-9942-670-32-8



9 789942 670328